



LA MUERTE DE LA TENISTA

Pablo Díaz Largacha

LA MUERTE DE LA TENISTA



Primera edición: octubre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pablo Díaz Largacha

ISBN: 978-84-10400-66-5

ISBN digital: 978-84-10400-67-2

Depósito legal: M-23753-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Juan y Elena

*La memoria no es un acto de preservación,
sino de recreación constante*
THOMAS PYNCHON, *Vineland*

¿Cómo empieza una historia? ¿Cuándo? ¿Por qué? Nacho colgó el teléfono sobre la mesilla sin encontrar motivo para abandonar el amparo de la lámpara, flotando en un rincón del salón vacío.

La noche se había cerrado, aunque desde la muerte de Nayra el ciclo de los días y las noches era un significante desprendido de su significado, como las aspas de un molino que gira mientras sus dueños están ya lejos, sujetos a otro paisaje, a otra familia, a otro sustento.

Había concedido, indiferente, el innecesario permiso que demandaba el amable periodista. Y este, por alguna razón, o quizá solo empujado por el silencio, cuyo efecto, como el de tantas otras cotidianidades, había perdido también su significado en la conciencia de Nacho, había insistido en la idea de que, personalmente, no se arrogaría el derecho de escribir la biografía de la tenista sin el permiso de su familia.

Y entonces, tras otro silencio confuso, aquel comentario:

—Reconozco que... me está costando encontrar un punto de partida.

¿Un punto de partida? Era como buscar el principio del cielo, el comienzo del océano.

—Bueno, la verdad es que ahora... no te puedo ayudar.

—Entiendo.

Esta vez, el periodista interpretó el silencio como la antesala de una despedida. Hubo escuetos agradecimientos, quizá un indeciso deseo y un aliviado adiós que le dejó solo en aquel islote lamido por la oscuridad, flotando en el tiempo roto de la noche.

Cómo empieza una historia. El día es el dibujo de la luz del sol sobre el lienzo de la atmósfera. La noche, una ventana al universo, una puerta abierta hacia la oscuridad encuentra todas las estancias vacías.

Recordó una noche, como un cuervo inmenso, pronto a levantar el vuelo. El frío y la niebla en la puerta, en la entrada baja del colegio, algunos días después de las vacaciones de Navidad. Recordó la luz de las farolas retenida, palpando la húmeda noche, sobre la acera, a lo largo de la cuesta; junto al alto muro de arizónicas, en cuya base se adivinaban, como madrigueras, los accesos de los chicos hacia el mohoso hayedo, hacia el corredor prohibido que envolvía el alto muro del cementerio. Recordó la angustia que le producía de niño el acoso de la luz sobre la noche, del día sobre la intimidad del sueño.

Su madre se había marchado, y él, Nacho, de unos ocho, seguía a su sombrío hermano, dos años mayor, y a un vecino que no terminaba de animar a este a la conversación. Frente a ellos, tras la cuesta, prendían como terrones las aulas, parpadeando indecisas aquí y allá en la pálida altura de los edificios. Dentro, las monjas irlandesas, delgadas y blancas, con sus hábitos, sus arrugas de terciopelo y esos ojos sin edad, activarían los mecanismos de su legítimo reino un día más, y al subir los tres la cuesta casi parecían coincidir con el giro de engranajes que alzaban las torres contra la acosada noche de invierno.

El principio. Una familia pudiente en un barrio residencial, recogido en sí mismo como el último recuerdo. Arizónicas y cuestras, celosas puertas y espaciosos jardines, chalés de ladrillo oscuro y tejados de pizarra, piscinas como joyas insertadas en praderas custodiadas por brillante hiedra; parques cuyo desnivel encontraba las urbanizaciones, distintas e iguales, cosidas por el paciente tráfico de calles domésticas. Sí; sin duda ese era el principio. Colegios privados, uniformes y escudos, cumpleaños y comuniones, recomendaciones, vacaciones a la nieve en invierno y a la playa en verano, cotilleos de éxitos y de fracasos.

¿Y la historia? Historias cosidas como retales en una inmensa bandera que a veces, el viento mueve, casi acaricia, si uno está lo suficientemente triste o lo suficientemente contento.

Desde luego que aquel día hubo una historia, una historia clavada en un cuento; una que no olvidaría, y que bien podría ser el principio o, al menos, su primer recuerdo.

Desde el aula, Marta los puso en fila, y bajaron insomnes de nuevo a la noche. Todo el colegio se congregó en el salón de actos; cada profesor llegado con sus alumnos para someterse a las indicaciones de las tenaces viejas, repartidas alrededor de las butacas, con sus hábitos grises. Una de ellas se alejó sin prisa entre el ancho murmullo, esquivando corrientes, y subió, levantando su basta falda, los escalones laterales hacia el escenario. Era muy delgada, pasaba los cuarenta y tenía una preciosa cara y una expresión, a la vez, serena y algo más que traviesa.

Liz volvió tras de sí las pesadas cortinas y, en una esquina del escenario, se hundió por las escaleras de caracol hacia la sala de danza y los vestuarios. Las bailarinas estiraban sus extremidades estilizadas y lechosas, las apoyaban en la barandilla frente al espejo, combaban sus torsos y sus cuellos. Liz ubicó el sollozo de la protagonista, al fondo, y sonrió al reconocer la sensata réplica de su viejo amigo. Ahora Jon se había convertido en un reputado y maduro escritor y profesor universitario, pero sus pantalones de pana y su chaqueta de *tweed*, su pañuelo, esas gafas e incluso las canas entre el castaño ceniciento de la masa destemplada de su cabello no parecían más reales que el vestuario de la modesta compañía de estudiantes. Estaba claro que seguía siendo un niño grande que abandonaba sus juguetes rotos en su voraz egoísmo.

¿Y el suyo? ¿Qué había de su disfraz? Desde luego que tendría argumentos para afirmar que era lo mismo. Habiéndose escapado a su hotel para acostarse con él la noche anterior, a ella, por lo menos, se le hacía evidente que, a pesar de las correrías de niñez, las aventuras adolescentes, las fugas juveniles e incluso aquel dulce reencuentro tantos años después, su melena rizada y cobriza descansaba bajo la cofia y bajo un acuerdo que aceptaba el error y estrechaba el abrazo de una llama modesta y solitaria, una verdad a la vez sencilla y todopoderosa; una pertenencia esencial.

Le sonrió con franqueza y le habló en gaélico, como hacían de niños en las ventosas praderas de la escuela, en Holyhead, y como, por alguna razón, volvió a hacer años después, de vuelta de su

excéntrica aventura en un kibutz, donde regresó con una nueva locura, limpia del consumo de drogas, para llenar con la comprensión de Cristo.

—Te presentarán en unos minutos, profesor.

La muchacha, con los dedos extendidos hacia las manos de Jon, miró el bello rostro de la monja con un punto de angustia y de odio.

Fuera, los radiadores iban surtiendo efecto y el joven público parecía adormilado en la penumbra. Nacho sentía el murmullo vibrando en su cuerpo desde su cálido nido. Cortinas de paño asfixiaban la pálida luz del día detrás de las altas y estrechas ventanas.

Una monja vieja e incurablemente tímida presentó a la compañía de estudiantes de una facultad de arte dramático de Londres, con especial atención a uno de sus profesores, el eminente novelista galés Jonnathan Snape, agregando su colección de obras y premios, y un emocionado agradecimiento. Pidió un aplauso, y aquel gigante, sin nada en sus enormes manos, cabeceó con una sonrisa afable y segura, agradeció cortés, aunque algo impaciente, y, como parecía su deseo, quedó solo frente al micrófono, a la derecha del escenario. Hablaba un español solo un poco esforzado.

—Hoy he venido a contaros una historia. Es como me gano la vida, contando historias. Y no me va mal, porque las personas siempre necesitaremos historias. Pero ¿por qué necesitamos historias? Quizá porque la vida es un relato imperfecto que no podemos comprender, que no podemos controlar, y del que no podemos sacar una conclusión clara. Esa es, precisamente, la manera en la que hemos aprendido a controlar las cosas, a controlar el mundo: aislando sucesos, buscando causas, prediciendo consecuencias.

Jon bebió agua mientras sus palabras, algo impostadas y algo inapropiadas, atravesaban la amplia estancia hasta las monjas apostadas junto a las puertas en el otro extremo.

—Las historias son nuestra acción total, que pretende englobarlo todo y no puede servir para nada. Son un desahogo o, quizá, un aliento.

En algún lugar prendió el picor de la impaciencia y varias monjas dirigieron sus miradas preventivas a las mismas butacas donde intuyeron el foco. Jon se distrajo, perdió a Liz en la primera fila y sufrió una inesperada punzada de angustia.

—¿Cuál fue la primera historia? Me gusta pensar que la primera historia fue la que propuso el misterio de lo desconocido. Un hombre atraído por una mujer —entre el público se inició un barrido grave y las miradas de las monjas saltaron nerviosas entre los chicos— ve que esta es capaz de engendrar la vida, y así encuentra, descubre, el amor y a Dios. Dios sembró en nosotros la capacidad de imaginar para poder ver lo invisible y concebir lo imposible, y así acceder a la fe.

A pesar de que no podía distinguir su expresión, por la confianza de su postura, Jon entendió que Liz estaba agradecida y algo emocionada, pero no desde luego engatusada. Ahora sintió una violenta punzada en su orgullo.

—La historia que os vamos a contar hoy es una historia de amor. —Giró la cabeza y encontró una mueca casi espantada en la monja del telón—. Una historia de misterio, de terror y de amor.

Una historia.

—Está basada en un viejo relato, aunque, como se verá, hemos preferido evitar alusiones a la época, que, al fin y al cabo, solo es una circunstancia de lo inmortal. Esperamos que disfrutéis del espectáculo.

El telón se abrió, la música se introdujo sinuosa y la voz de Jon empezó a relatar la carta de Nathanael a Lotario, representados por dos bailarines separados, el primero sobre un escueto fondo urbano y el segundo sobre una bucólica aldea. Nacho se hundió en la historia como en un venenoso sueño.

Clara apareció suavemente tras su hermano, asomando la cabeza a la carta de Nathanael, y, tras seguir las líneas, ambos se miraron y sus cuerpos se rechazaron alarmados.

—No le hagas caso, hermana, ya sabes que tiene mucha imaginación. Está estudiando lejos del hogar, rodeado de los extraños

estímulos de la ciudad. Por otro lado, era normal que en algún momento se viese frente al oscuro recuerdo del accidente que mató a su padre.

Una punzada se hundió visiblemente en el costado de la bella Clara.

—Todavía no he sido merecedora de tales confianzas.

Lotario se levantó; se apresuró a abrazarla.

—Vamos, no es ningún misterio. Cuando era niño, su padre recibía a un amigo una noche a la semana. A él le acostaban al sonar el timbre, y los amigos se encerraban en un estudio, en la buhardilla. Sabes que el padre de Nathan era ingeniero. Supongo que en sus horas libres los hombres tenían algún proyecto y la esperanza de que les hiciese ricos. El caso es que la fantasía de nuestro amigo y el poco tino de su ama, que se inventó que el tipo era algo así como el hombre del saco para que el niño se durmiera sin dar guerra, debieron calar en su memoria y alterar los hechos.

—Pero en la carta afirma que reconoció a aquel hombre, pues era el mismo hombre que vio cuando era niño.

Lotario admitió recordando.

—Sí, parece que una noche, llegado hasta la buhardilla, escondido tras una cortina...

—Y descubierto y maltratado.

—No exageres.

Clara se alejó hasta la ventana; miró hacia la pradera.

—Y ya ves que se trataba del abogado de la familia, Coppelius.

—¡El hombre que le torturó y disparó a su padre!

Lotario se levantó con presteza y llegó de nuevo tras su hermana.

—Vamos, el hombre solo le agarró y le gastó una broma.

—Quería sus ojos.

—Con eso no querría más que asustarle. Solo le agarró. El chico se desmayó del susto, nada más. En cuanto a su padre, todo lo que sabe Nathan es que lo mató una explosión durante una de las sesiones. Y de Coppelius solo se puede decir que es un cobarde por huir abandonando a su amigo.

Clara se volvió hacia Lotario cediendo la resistencia de su alma pura con una sonrisa.

—Todo son fantasías motivadas por la casual visita del vendedor ambulante Coppola.

Lotario le palmeó los hombros mientras los dos se deslizaban alegres sobre sus piernas como a través de raíles invisibles.

—Un nombre parecido y un tipo extraño.

—Eso es.

Clara besó a su hermano y los dos desaparecieron del escenario.

Nathan, a pesar de su inicial desagrado, se rindió a la ternura de su amada Clara y no solo le perdonó la intrusión, sino que, sin caber en su pequeña habitación de la alegría, le escribió en la primera página de uno de sus libros de estudio, que arrancó y envió con una petición de mano. Su amiga, loca de alegría, le pidió prudencia por lo menos hasta que terminase la universidad.

Pero pasaron varios meses sin que los hermanos recibiesen noticias de él. Y cuando a Clara ya le parecía inexcusable, Lotario recibió una carta suya. Prefirió leerla a solas y, después, no informar a su hermana. El contenido de la carta insistía de nuevo en sus recuerdos e ideas perturbadoras que habían afectado incluso a su sentido y a su decoro.

Decía que, desde su ventana, veía al profesor Spalanzani, asociado con el vendedor Coppola, trabajando en el piso de este en oscuros proyectos, como hacía con su padre. Había algo más. Al final de la carta refería que detrás de una cortina, a veces abierta, la muchacha más bella que había visto en su vida descansaba horas y horas sentada en una silla.

En la facultad escuchó con discreción hablar a los estudiantes de la sublime perfección de Olimpia, la hija del eminente profesor. Todos los días, al volver a casa, se asomaba a la ventana con la esperanza de encontrar el sereno perfil de la bella muchacha.

Una tarde, al atender a la puerta de su apartamento, se le heló la sangre al encontrar al repugnante mercachifle Coppola.

—Chico, ¿quieres unos ojos?

Casi cayó de espaldas hasta que le vio sacar unas gafas de su enorme chaqueta llena de bolsillos.

—O unos superojos.

Y estaba a punto de echarle a patadas cuando vio los prismáticos y pensó en la hija de Sapalanzani.

—Trae.

—Son tres coronas.

Nathanael le lanzó un puñado de monedas, que estallaron en el estrecho descansillo y escaleras abajo antes de cerrar un portazo.

Durante las siguientes semanas se olvidó de Clara, de Lotario, de las clases; incluso dejó de salir de casa para atender exclusivamente a Olimpia. Cada leve cambio en su postura, en su gesto, en su horario florecía en su pecho, donde ya no cabía el aire. Si tenía la cabeza baja, la tristeza de Nathanael era tal que no comía en todo el día; si tenía la barbilla alzada, se apresuraba a encargar al conserje desproporcionados festines, regados con vinos, sin pensar en el esfuerzo que a su madre le costaba cada céntimo que le enviaba. Las manos de Olimpia eran tan finas y blancas como dos palomas de cristal, y sus ojos, que, loco de emoción, encontró que a veces le buscaban, tenían una mirada tan perdida y tan intensa que parecían asomar desde una existencia sublime, descubriendo otro mundo de perfección que hacía palidecer la existencia hasta el punto de que nada conocido valiese ya la pena.

Lotario, preocupado por la falta de noticias de su amigo, se trasladó a la capital y se matriculó en su universidad. Pronto entendió que allí tampoco le encontraría, así que fue a buscarle a la dirección que de él tenía.

Lo encontró pálido y ojeroso, con una sonrisa estúpida pintada en su debilidad. Su habitación se encontraba en una demencial disposición, con la cama tropezando contra la puerta y la mesa frente a la ventana. Sobre el tablero, los esbozos reproducían a la joven que encontró al otro lado de la calle, de perfil frente tras la ventana. Una aguja se le hundió en el pecho pensando en Clara.

—Veo que ahora dedicas tu atención más a la hija que al maestro. Su amigo volvía con una botella y un par de vasos.

—¿Ah? Desde luego, como es natural. Lo sublime subyuga.

—Claro. Pues si deseas conocerla en sociedad, su padre la presenta esta semana.

Nathanael abrió los ojos con una energía imprevista.

—¿Estás invitado?

Lotario quedó confuso.

—Desde luego, como todos. Mira en tu buzón; su criatura es su orgullo. Dudo que alguien no haya recibido convocatoria.

La presentación tuvo lugar en un salón enorme con todo lujo de manjares y adornos. Olimpia tocó el piano y cantó con absoluta perfección, y Nathanael la sacó a bailar sin dar oportunidad a otro joven. Tan prendido quedó de ella que, al día siguiente, corrió al piso de su vecino para pedirle la mano de su hija.

Nacho asomó violentamente a la superficie. En la fila de delante, los chicos se quejaban y encogían las piernas; algunos se levantaban incluso de las butacas. Desde el extremo se acercaba una figura grande y rígida. Conforme alcanzaba el sitio libre que había ante él, pudo distinguir el rostro ceñudo y compungido, y el antojo carmesí en la frente de la hija del jardinero. Este año estaba en su clase, aunque aún no le había oído decir ni una palabra. No hablaba con nadie y siempre parecía puesta en un rincón evitando en lo posible que se advirtiese su presencia.

Cuando se sentó, la visión de Nacho se vio afectada por su enorme cabeza. Algo reclamó su atención desde su apretada coleta. Llevaba una horquilla grande, metálica, con la forma de un insecto de esos que se detienen en el aire, entre los juncos, sobre las charcas. El estilizado abdomen, dos pares de alas desplegadas y los enormes ojos le hicieron estremecer. Oyó la palabra *subnormal* y algunas risas, comentarios asqueados y el *chsssst* de la monja que la había guiado desde el extremo de la fila.

En unos minutos, Nayra parecía tan concentrada como él lo había estado. Sus hombros habían ido cayendo y se agarraba las

rodillas. Parecía tensa, aunque lo cierto es que nunca parecía relajada.

La reacción de Spalanzani ante la solicitud del joven fue compleja, atravesó distintos climas, como le sucedía en sus diatribas desde el oratorio frente a los atentos estudiantes del hemiciclo. Primero pareció cerrarse con un orgullo feroz; incluso desplegó inconscientemente los brazos como cortándole el paso. Pronto, en cambio, su cuerpo pareció aflojarse, como vuelto a la cordura y, quizá también, a su situación: un viudo doctor, con prestigio, pero sin fortuna que legar, con una hija que ahora clamaba como una flor que el tiempo sin duda asfixiaría. Tras un tercer trance, el viejo pareció vuelto por completo a tierra y decidido a interpretar, aprovechando la coyuntura con la mayor dignidad, el papel de padre que revaloriza su pérdida fingiendo cierto celo; que exige prudencia y tiempo, mientras que en sus ojos no puede ocultar el brillo casi maligno del que nos allana un camino que coincide con nuestra voluntad mientras que nos lleva a sus intereses. En definitiva, concedió un noviazgo privado, al que postergó su consentimiento y el de su hija.

Nathanael empezó pasando a buscar a Olimpia varias tardes a la semana. Bajo el portal, a menudo veía la silueta del doctor enfrascado entre pócimas y engranajes, y tuvo que acostumbrarse a encontrar por allí al repulsivo Coppola, que se relamía como el viejo vicioso que era, espionando con su risilla babosa a los jóvenes asomado al descansillo, hasta que, para alivio de Nathanael, se perdían de vista.

Caminar con Olimpia bajo el cielo abierto era algo prodigioso. Al joven le daba la impresión, asistiendo al despertar de sus delicados miembros, de mostrarle el mundo por primera vez, aunque la certeza de que era el mundo el que obtenía mayor sorpresa se dibuja en las fachadas y tejados, que parecían inclinarse sobre la pareja, entre las nubes y los árboles, que parecían desplegar su pecho como soldados ante la majestad de la belleza.

A las preguntas de Nathanael, Olimpia respondía con curiosa timidez, alternando escueta para no contrariarle, entre temerosas

negativas y esperanzadoras afirmaciones que le llenaban de gozo; dibujando el tictac de un nuevo tiempo, que no parecía otro que el de su felicidad.

—¿Tienes frío?

—Sí.

Entonces Nathanael posaba su abrigo sobre los hombros de Olimpia.

—¿Quieres sentarte?

—No.

Entonces desestimaban un banco, que parecía, de pronto, consciente por primera vez de estar vacío.

En el parque, Olimpia se quedaba embelesada mirando las aguas serenas del lago. Más que mirar su ondulante superficie, las aguas parecían saberse escuchadas por primera vez por sus ojos. Mientras Nathanael, si bien no era capaz de acceder al relato, quedaba conmovido asistiendo al desahogo líquido del testigo de Ofelia.

Ahora paseaban todas las tardes y, poco a poco, Nathan descubrió que, más que con sus escuetas palabras, Olimpia daba cauce a su etérea expresión escogiendo objetos con la mirada. Así, si se veía poseído por la impaciencia y rompía en una violenta declaración, la joven levantaba la barbilla, y sus ojos hieráticos se alzaban a lo largo de un delicado sendero hasta la cumbre de un promontorio, devolviendo al presente su fluir y aconsejándole beber con suavidad y mesura el feliz licor de la plenitud.

Otras veces, generosamente, le recordaba lo que al joven le velaba su propio amor y, girando el cuello en dirección opuesta a su discurso, le hacía añicos el corazón, hasta que el hijo que era encontraba al otro lado del hilo de sus ojos un árbol viejo, que florecía ya con esfuerzo; entonces, Nathan recordaba que debía escribir a su querida madre, que tanto había hecho por él.

Descubrir a Olimpia era como palpar la geografía de un complejo recipiente conforme se va llenando, aunque de lo que no era tan consciente era de que la llenaba consigo mismo, quedando cada vez más débil y más vacío.

El siguiente descubrimiento del joven fue aún más asombroso: después de muchas coincidencias, tuvo que aceptar que Olimpia era capaz de responderle con sucesos externos, valiéndose de la voz de la propia naturaleza, de lo vivo que circundaba a su alrededor. Así, mediante una nube que cegaba el sol, le hacía consciente de las dificultades que tendrían que enfrentar, y Nathanael se apercebía de la colección de miradas que la pareja recibía en sus paseos, de una variedad idéntica a la de las vilezas y vicios del ser humano. Las había espantadas; otras ocultaban risitas, e incluso la impertinencia de algunos los llevaba a reírse con manifiesto descaro.

Pero los sinsabores con los que el aguijón de la envidia del siniestro público les castigaba quedaban eclipsados cuando el joven le decía «te quiero» y Olimpia respondía con una bandada de pájaros lanzando el vuelo hacia el poniente.

Nathanael veía que poseer a Olimpia no sería fácil. Su padre y Coppola eran muy estrictos con su educación.

—Olimpia será una artista, la más grande artista —decía uno

—Está destinada a sorprender al mundo —añadía el otro.

Y le hacían leer y recitar, interpretar y bailar: gira, gira, gira, y ella obedecía sin visos de fatiga ni ilusión.

Nathanael se dijo que tenía que salvar a Olimpia; debía liberarla a cualquier precio de esa siniestra coalición. Tenía que sacarla de la prisión que era esa casa.

Sabía que los viejos dedicaban las noches, como hicieran el espantoso hombre de la arena y su pobre padre, a rondar las lindes divinas tentados de usurpar la batuta al creador con sus experimentos. Desde su ventana veía sus siluetas en la buhardilla mientras la habitación de Olimpia se veía ya oscurecida para el sueño.

Una tarde, cuando fue a buscarla, se obligó a invitar a los envilecidos asociados a una botella de vino sacrificando el paseo con su amada, a la que veía de reojo de perfil sentada en su triste estancia. La imagen le rompió el alma, pero, cumpliendo su plan, después de varias copas, preguntó por el excusado. De camino a él se hizo con un juego de llaves que colgaba en la cocina.

Poco antes del anochecer se despidió. En cuanto cruzó el umbral, se lanzó al taller del herrero, que recogía sus herramientas y se disponía a sentarse a la cena con su mujer y su hijo. La señora de la casa, que oyó la discusión desde el comedor, conmovida, rogó a su marido que cumpliera el encargo del joven. Nathanael se lo agradeció con ardientes lágrimas. Le pareció encontrar otra pena en los ojos de la grata mujer mientras le rogaba con compasión e insistencia algo que el joven no estaba en condiciones de entender.

—Marcha; marcha con tu locura y no vuelvas nunca. Aléjate de la crueldad de los cuerdos. Vive tu ilusión lejos, desgraciado muchacho.

La tarde siguiente, cuando Nathanael fue a buscar a Olimpia, pidió permiso para buscar un objeto que dijo haber extraviado la tarde anterior, lo que aprovechó para colgar con discreción el juego original de llaves.

Y aquella noche, cuando vio por las ventanas que los viejos se afanaban en sus experimentos y la estancia de Olimpia dormía, salió de casa, subió de puntillas e hizo girar la llave con suma cautela.

Cruzó el pasillo y llegó hasta la puerta de la joven. Arriba se oía una terrible discusión, salpicada del ruido de objetos caídos en el forcejeo. Al abrir la puerta de la habitación de Olimpia, Nathanael descubrió con estupor que la cama y la silla estaban vacías. Desde las alturas le llegaban latigazos de la horrible discusión.

—¡Los ojos, canalla! ¡Jamás tendrás los ojos, jajaja! —reía el repugnante Coppola.

—¡Suelta, inútil! ¡No eres más que un ignorante mercachifle!

Entonces, Nathanael se lanzó hacia la buhardilla, dispuesto a arrancar a golpes a los viejos, si era preciso, el paradero de Olimpia, para sacarla para siempre de aquel infierno.

La visión que recibió tras derribar la puerta le heló la sangre. Lo que se disputaban los viejos era un maltrecho cuerpo. Pronto entendió que no era otro que el de la pobre Olimpia. El cuerpo maltratado se bamboleaba entre los celosos viejos con la cabeza derribada, arrastrando las piernas al compás de la pugna. Nathanael

nael, espantado, se partió en dos cuando uno de los brazos cedió y Spalanzani salió disparado con el tronco para derribar una mesa con sus frascos. Entonces, el repugnante Coppola rio como un demonio y alzó en la mano dos bolas blancas de las que colgaban sendos pingajos.

—¡Los ojos, profesor! ¡Nunca serán tuyos, jajaja!

Frente a la mirada hecha añicos de Nathanael, saltó el tronco de Olimpia, que quedó sentada con las piernas rígidas, traqueteando como un reloj atascado, y el rostro gobernado por dos oscuras oquedades.

Un revuelo creciente amenazó la función, y las bailarinas, desconcertadas, pronto tuvieron que aceptar la irrupción de un jolgorio de risas y estupor. Frente a Nacho, conforme se evidenciaba el origen de la pestilencia, los alumnos se desperdigaban unos sobre otros y sobre las butacas, para abrir la marca de una onda expansiva alrededor de Nayra. El público respondió con un grave rumor mientras las monjas no daban abasto tratando de interceptar y silenciar a los chicos, entre los que las risas se hacían cada vez más descaradas.

Nacho se quedó en su sitio. No se sentía capaz de abandonar esa enorme cabeza, que se volcaba ligeramente, como si el insecto insistiese en la imposible tarea de levantar el vuelo, sobre ese enorme cuerpo en el que los hombros parecían derretidos como un castillo de arena lamido por la marea.

Sobre el escenario, Olimpia había olvidado su rígida condición, y sus ojos abiertos parecían enormes en el centro de los oscuros círculos.

Una forma llenó un rectángulo prendido frente a la isla de Nacho en el oscuro horizonte y, como un eco invisible, tuvo la sensación de que una voz le había llamado varias veces. Olach le miraba con lástima teñida de un matiz de impaciencia, como si una pregunta sensata se acercase poco a poco a su triste bondad.

—Cariño, ya está la cena.

Hacía casi un año que Nayra había muerto y que su hermano, su marido, se había hundido girando hacia un oculto sumidero.